

nuestras acciones



● Educación sexual en primaria: lo que estamos aprendiendo en las aulas

En este último año hemos tenido la oportunidad de trabajar con grupos de educación primaria en talleres de educación sexual. Una demanda que hace apenas unos años era muy limitada y que en los dos últimos cursos ha crecido de forma notable. Desde nuestra experiencia, creemos que este aumento responde, entre otros factores, a la preocupación creciente por el acceso temprano de niños y niñas a internet, a contenidos sexuales no supervisados y a dinámicas digitales que ya están afectando a las vivencias de adolescentes y jóvenes. Esta preocupación abre una puerta que permite trabajar la sexualidad en la infancia... pero no podemos olvidar que lo urgente no siempre es lo importante.

Desde SEDRA queremos verlo como una oportunidad para cubrir ambas necesidades: atender lo que preocupa ahora — la exposición digital— y sembrar las bases de una educación sexual integral que acompañe el desarrollo de niñas y niños.

Sin embargo, cuando se plantea hablar de sexualidad en primaria o en infantil, no todo es apertura. Aunque muchas familias y equipos docentes valoran la educación sexual como una herramienta imprescindible para la autonomía y el bienestar de sus hijos e hijas, también emergen dudas, miedos e incomodidades.

Los motivos son comprensibles. El tema se ha polarizado y politizado y circulan mensajes contradictorios que generan

>>

incertidumbre sobre si los y las menores deben o no ser “expuestos” a ciertos contenidos, aunque la educación sexual es una de las herramientas más eficaces para prevenir problemas.

¿De dónde nacen los temores?

En nuestra experiencia, estos miedos suelen tener tres principales raíces. Por un lado, la creencia de que hablar de sexualidad equivale a sexualizar a la infancia. Un temor muy extendido es pensar que nombrar el cuerpo o hablar de límites supone acelerar procesos o introducir ideas “demasiado adultas”. Sin embargo, lo que hacemos es lo contrario: adaptar los contenidos al momento vital del alumnado, con un enfoque centrado en el autocuidado, el respeto y la convivencia.

Un segundo factor es la creencia de que la escuela pueda invadir ámbitos propios de la familia. Algunas familias sienten que la educación sexual cuestiona valores culturales, mandatos religiosos o normas de crianza. Este miedo, más emocional que racional, se sostiene sobre la idea de que la educación sexual impone un

modelo, cuando en realidad lo que hace es ofrecer herramientas para comprender, preguntar y decidir.

En tercer lugar, existe una mirada adultocentrista que subestima las capacidades de los niños y niñas para comprender su propio cuerpo, expresar dudas y/o identificar situaciones que les incomodan. El adultocentrismo prioriza los temores de las personas adultas sobre las necesidades reales de la infancia y su derecho a recibir información para cuidarse.

Lo que dice la evidencia

Las evidencias lo demuestran: la educación sexual temprana protege, no expone. Los niños y niñas que reciben educación sexual adaptada a su edad desarrollan una visión más positiva de su cuerpo y de la diversidad, construyen relaciones basadas en el respeto, el consentimiento y el buen trato. Además, identifican mejor sus límites y los ajenos, desarrollan un lenguaje para nombrar aquello que les incomoda, tienen mayores habilidades para detectar abusos y situaciones de riesgo, y ganan autonomía para pedir ayuda cuando algo no está bien. Es decir, la edu-



cación sexual repercute positivamente en la salud sexual y emocional de los niños y niñas, favoreciendo decisiones más responsables en la adolescencia y la juventud.

Es por ello que nuestra propuesta no se limita sólo a promover la educación sexual como herramienta de prevención de situaciones de violencia o abuso. Entendemos que, además, constituye la base para una convivencia más igualitaria y consciente, con niñas y niños que reconocen sus derechos, valoran sus diferencias y las de las demás personas y aprenden a relacionarse desde la empatía y el respeto desde el inicio de su desarrollo, aprendiendo a negociar, cuidar y ser cuidados/as, fomentando su autonomía y desarrollo emocional.

En nuestras sesiones, a través del juego y actividades lúdicas, trabajamos las emociones, el cuerpo, los roles de género, la diversidad y el buen trato. Utilizamos sus referentes y nos acercamos a su realidad, generando un puente seguro para conocer qué y cómo están aprendiendo, y poder, con ello, adaptarnos a sus necesidades. Todo esto lo hacemos acompañando también a los equipos docentes para que incorporen estos contenidos en el día a día, asegurando continuidad y coherencia en el aprendizaje.

¿Qué estamos encontrando?

Durante estos meses de trabajo observamos una enorme disposición del alumnado. Niñas y niños de primaria muestran una curiosidad inmensa por entender su cuerpo, sus emociones y cómo relacionarse con los demás. Preguntan, reflexionan, se sorprenden y, sobre todo, agradecen que se hable de lo que no siempre encuentran en casa o en internet. Con frecuencia nos dicen cosas como: “nunca nos habían explicado esto así”, “a veces no sé qué hacer si algo no me gusta”, “me da vergüenza preguntar estas cosas en otros sitios”. Este tipo de comentarios confirma una necesidad latente: necesitan información segura y espacios para expresarse.

Constatamos también que las sesiones sirven para identificar situaciones cotidianas que les generan

incomodidad, comportamientos que no saben cómo nombrar, dinámicas de grupo que vulneran sus límites y miedos que no habían expresado antes. Internet y las redes sociales están aquí muy presentes como espacios ante los que con frecuencia están solos y solas, con un bombardeo de mensajes no siempre positivos; de ahí la importancia de que cuenten con herramientas para navegar de forma segura por esos espacios. Ellos y ellas han podido reconocer esas situaciones y pedir ayuda a personas adultas de confianza.

Además, cada vez encontramos más familias que valoran este trabajo y que entienden que se trata de coeducación, con acciones complementarias de escuela, hogar y profesionales. Las familias nos trasladan que las intervenciones en el aula les ayudan a continuar conversaciones en casa y que sienten alivio al saber que sus hijos e hijas reciben información rigurosa. También que les permite identificar señales a las que no daban importancia y mejora la confianza de los niños y niñas para verbalizar lo que sienten. Las familias aprovechan también para generar los enlaces que permiten mantener la intervención en el tiempo y que no se quede en algo puntual. Gracias a ellas cada intervención se convierte en un engranaje que forma parte del proyecto educativo del centro. Esto permite continuidad, coherencia y un impacto más profundo en el desarrollo sexual del alumnado.

La educación como herramienta imprescindible

La experiencia en primaria nos confirma que la educación sexual es recibida con interés y como un ámbito fundamental para el desarrollo integral de la infancia que genera aprendizajes valiosos, previene riesgos y fortalece vínculos. Cuando se conoce, abre puertas y permite construir una cultura de respeto, cuidado mutuo y ejercicio de derechos desde la infancia. La valoración positiva del alumnado, del profesorado y de las familias nos anima a seguir avanzando. Y aunque la demanda supera los recursos, el trabajo en red hace posible llegar cada vez a más centros y, por ende, a más personas. ■